

El Ejército y las naciones

El orgullo ingénito de los hombres, las ambiciones desmedidas, la codicia y avaricia de unos pueblos por dominar el suelo y la riqueza de otros pueblos han sido en todo tiempo el origen de las fuerzas armadas que en las guerras solventan sus contiendas, que en la paz defienden la patria contenida entre fronteras más o menos amplias según las circunstancias y condiciones políticas en las diversas épocas históricas. Ya Anibal dirigió ejércitos formidables contra los romanos, ya los espartanos, griegos y romanos y todos los pueblos antiguos y modernos subordinaron sus milicias a los hombres peritos en el arte de gerrear, los que tuvieron por misión principal la defensa de los territorios que constituían las nacionalidades. En tiempos pretéritos, la lucha parece haber sido la ocupación principal de los hombres, tal se demuestra en la historia de la humanidad con las conquistas de los capitanes que ampliando las fronteras nacionales fueron loados por las sociedades como inmortales en las innumerables gestas de las nacionalidades!

Para mantener incólume la fé patriótica, el ejército es necesario en la vida de las naciones.

Todo ejército tiene que supeditarse a la capacidad financiera del Estado, tiene que vivir la vida general de la nación, debiendo de existir una verdadera compenetración entre la fuerza armada y los ciudadanos, interesándose naturalmente por el mayor progreso y desarrollo de las fuente de riqueza en todos los órdenes, por la mayor cultura e instrucción del pueblo, por todo lo que supone vida activa de los países, evitando por todos los medios posibles que el Estado llegue a la ruina económica, porque entonces no podrá escapar de la catástrofe.

Para resolver con acierto el problema militar es preciso que el gobierno o el Parlamento se pongan de acuerdo fijando la cantidad necesaria para el sostenimiento de sus armadas. Antes de la guerra europea el presupuesto consignado en Alemania para el Ministerio de la Guerra era el tercio del presupuesto total de gastos y en Francia ascendía a un quinto de la totalidad. Epocas glo-

riosas para las naciones, han sido aquellas en que el Parlamento y el ejército marcharon al unísono, por el contrario, cuando divorciados y opuestos el Parlamento y el ejército, se produjeron hondas crisis que condujeron a las naciones a la catástrofe. Ejemplos de ello son la revolución inglesa en la que Cromwell llevó al suplicio a Carlos I y el infortunado reinado de Luis XVI en Francia que terminó con el enseñoreamiento de la guillotina.

Ya que mientras existan los hombres es preciso contar con la fuerza armada como última garantía del derecho, el dilema para las naciones consiste en tener ejércitos con los últimos adelantos en máquinas e instrucción de sus hombres o abolirlos totalmente, quedando la nación expuesta a las catástrofes que en algunos Estados actualmente observamos.

Existe un pequeño Estado en Europa que puede considerarse como modelo de nación armada. Efectivamente, en Suiza, todos los ciudadanos pasan en su juventud por la instrucción militar completa más moderna y después todos ellos forman el sólido ejército territorial de la Confederación Helvética.

Para apreciar el gran valor de los ejércitos territoriales y de reserva, basta considerar que Jofre obtuvo con ellos la victoria del Marne y fueron los que verdaderamente decidieron la suerte de la guerra. Con reducido ejército permanente, el únicamente suficiente para encuadrar a la nación en armas, dispusieron los Estados Unidos e Inglaterra de poderosas armadas que vencieron a los admirables soldados del Kaiser. El modelo de nación armada con apenas ejército permanente, formados los regimientos ante la patria en peligro por todas las clases de la sociedad sin distinción de clase, ni condiciones, es el punto de convergencia de todos los Estados modernos. Desaparecidas las diferencias sociales, se ha multiplicado la fé cívica, la voluntad patriótica que hace los héroes y los mártires, afirmándose en todos los países que, actualmente ningún ejército podrá existir sin una coordinación y obligada interdependencia con todos los organismos de la vida nacional.

MIGUEL ANCIL

Cosas de España

Los proyectos del actual Ministro de Fomento han despertado más curiosidad en el país por tratarse de un político, al que propios y extraños conceden y reconocen actividad y competencia.

Como es natural y, sobre todo, muy español, estos proyectos sufren la más animada controversia y en su ataque o su defensa se emplean todas las armas de que dispone nuestra desdichada política.

En el Congreso la primera impresión fué de estupor; se reconocía la necesidad de hacer algo, de dar al país la sensación de que las Cortes servían para algo más que para «cuentos de comadres», pero no vislumbraba nadie la posibilidad de obtener en el país el caudal de energía necesario, en todos los órdenes para llevar adelante una empresa, que es magna para España y que no pasa de la categoría de las corrientes en muchas naciones.

Más tarde, los políticos creyeron que todos esos proyectos podían «hacer sombra» a prestigios adquiridos a costa de muchos años de no hacer nada y se dispusieron a combatirlo, no contra lo malo del proyecto, sino contra el hombre público que lo presentó, y, haciendo juego a estas pequeñas hazañas, se lleva el asunto a la prensa, más para censurarlo que para aplaudirlo, y por si este medio no fuese suficiente para crear un «estado de opinión» contrario al mismo, surgen oradores por todas partes, que pretenden saber del engendro más que el autor del mismo.

Toda la discusión se desarrolla en la periferia del asunto, atacando los detalles secundarios, y nadie se atreve a entrar en el fondo de la cuestión, aplicando a los principios fundamentales de la misma el trabajo analítico necesario y proponiendo a la vez el elemento de reforma debidamente

documentado. Peca, por lo tanto, esta discusión de «insincera» y deja asomar la cabeza a la pasión postergando la conveniencia del país.

Se ha llegado a emitir una opinión que es, a nuestro juicio una falsedad. Se ha dicho que la alta banca no aprobaba los proyectos económicos del Ministro de Fomento, porque España no estaba capacitada en ninguno de sus órdenes para llevarlos a la práctica y que ni en «dos siglos» podríamos digerir tan considerable empresa. En manera alguna podemos creer que ese sea el concepto de la alta banca, cuando solo en el desarrollo de esos proyectos puede fundar su prosperidad el campo financiero. En boca de la banca extranjera, por aquello de pretender continuar con la plaza de «nodriza», nos lo explicaríamos, aun cuando no podríamos tolerarlo, en boca de esos españoles extranjerizados más atentos a alimentar los marcos, las libras, las coronas y los francos por su condicionalidad poco patriótica y que ya se ha hecho endémica en ellos, también no lo explicamos, aun cuando condenándolo enérgicamente, pero la genuina banca española no puede pronunciar un absurdo y una condenación de sí misma.

No hay porqué entrar a analizar el proyecto. Bueno, mediano o pésimo, debemos ayudar todos a que tome estado, no legislativo, sino completamente ejecutivo; y sin importarnos que lo realice un D. Juan o un D. Diego, estamos obligados a que cese una situación tan funesta para el porvenir de España.

Nosotros creemos que eso y mucho más puede hacer nuestra nación si se lo propone porque «no somos menos que Francia, Bélgica, o Italia.»

Querer es poder.

ANTONIO MIGUEL